

LA UNIVERSIDAD CATÓLICA: UNA COMUNIDAD “EN SENTIDO FUERTE”

Maximiliano Loria

Profesor en Filosofía por la UNMdP y Doctor en Filosofía por la UNLa (Argentina). Fue profesor auxiliar de Ética, Metafísica y Filosofía Medieval por casi diez años en la UNMdP. Actualmente se desempeña como docente de Ética y jefe de la línea de Teología en el Departamento de Humanidades de la Universidad Católica San Pablo (Arequipa, Perú). Es miembro fundador de la Comunidad Iberoamericana de Estudios Macintyreanos. Ha escrito numerosos artículos, dictado conferencias y cursos de posgrado sobre este autor y es coeditor, junto al doctor Javier de la Torre, del libro *Alasdair MacIntyre: Relecturas iberoamericanas. Recepción y proyecciones* (Dykinson 2020) y autor del libro *Alasdair MacIntyre y la actuación racional en la tradición neorristotélica* (Dykinson 2021).

RESUMEN

El artículo busca reflexionar sobre los desafíos que actualmente se presentan a las universidades que procuran vivir con fidelidad su identidad católica en un horizonte cultural profundamente adverso a sus principios. Sustentándose en filósofos como M. Sandel, Ch. Taylor, A. MacIntyre y O. Derisi, invito a no renunciar al desafío de proponer a la Universidad católica como una comunidad “en sentido fuerte”, una comunidad amical de administrativos, docentes y estudiantes sustentada en el amor compartido a la verdad, en particular filosófica y teológica. Pues si bien es preciso preparar sólidamente al especialista para hacer frente a los problemas sociales, políticos y económicos contemporáneos, mucho más urgente es no renunciar a

formar al humanista-cristiano que pueda subordinarlo todo a la construcción del Reino. El desafío es casi sobrehumano, pero somos muchos los que aún estamos dispuestos a consagrar nuestras vidas a un proyecto semejante.

Palabras clave: Comunidad, Universidad católica, "Multiversidad" liberal, Cultura del narcisismo.

TRES CONCEPCIONES DE COMUNIDAD

En su reconocido libro dedicado a explicar y criticar la teoría de la justicia de J. Rawls¹, el filósofo norteamericano M. Sandel dedica algunas páginas a describir tres sentidos diversos de comunidad.

El primer sentido se denomina *instrumental* y es emparentado por Sandel con el pensamiento liberal tradicional. Esta primera forma se funda en supuestos individualistas, con lo cual se da por sentado el hecho de que los agentes tengan, "espontáneamente", motivaciones egoístas. Se evoca aquí la imagen de una sociedad privada donde los individuos consideran la participación y los acuerdos sociales como una "carga necesaria" y cooperan unos con otros solo en aras de la consecución de sus fines privados.

En segundo término, Sandel propone una forma *sentimental* de comunidad y atribuye este modelo al pensamiento rawlsiano. La justicia como imparcialidad no asume el supuesto de las teorías liberales tradicionales referido a que el ser humano es naturalmente egoísta. La concepción de Rawls hace posible que los sujetos puedan perseguir objetivos sociales y comunitarios, aunque también intereses privados y egoístas. Desde su particular perspectiva, no hay razón alguna para suponer *a priori* que una sociedad bien ordenada alimentará, primariamente, valores de carácter individualista.

En la comunidad *sentimental* los intereses de las personas no son necesariamente antagónicos. Movidos por el afecto y los sentimientos comunes, los participantes comparten ciertos fines y consideran la cooperación como un bien en sí mismo (no como una carga inevitable), de modo que pueda promoverse no solamente el bien propio, sino también el provecho de los demás. En resumen, conviene destacar que la teoría de Rawls es individualista (no necesariamente egoís-

¹ Véase Michael Sandel, *El liberalismo y los límites de la justicia*, Gedisa, Barcelona 2000.

ta) en tanto presupone la *individuación antecedente* de los sujetos que se unen contractualmente cuyas motivaciones pueden ser altruistas tanto como exclusivamente centradas en el yo.

Sin afirmarlo explícitamente como propio, y aun cuando a todas luces comulga estrechamente con sus convicciones, Sandel propone un tercer sentido *comunitarista* de comunidad. Aquí se da el hecho de que los agentes conciben su identidad como definida, al menos en cierta medida, por la comunidad de la cual forman parte. La comunidad describe no solo aquello que las personas “tienen”, sino también y especialmente lo que las personas “son”. La esencial pertenencia a distintas comunidades no es algo que uno simplemente “elige” (una asociación enteramente temporal y voluntaria), sino un lazo que se “descubre” y del cual es imposible deshacerse por el solo hecho de que ya no nos resulte útil o placentero.

La comunidad describe no solo aquello que
las personas “tienen”, sino también y
especialmente lo que las personas “son”.

Como puede observarse, la concepción *instrumental* (liberal tradicional) de comunidad es “totalmente externa” a los intereses de los individuos. En el sentido *sentimental* (Rawls) la comunidad es “parcialmente interna” a los sujetos en tanto puede “alcanzar” los sentimientos y emociones de quienes están involucrados en ella. Con todo, ambas visiones presuponen la individualización anterior del sujeto y, sostiene Sandel, ninguna de las dos es capaz de “relajar” los límites entre el yo y los otros. Y aunque es cierto que algunas tesis de Rawls parecen llevarlo más allá de la idea *sentimental*, una comunidad en “sentido fuerte” (comunitarista) no puede ser asumida por una teoría de base individualista que entiende a la comunidad como una mera asociación, contingente y temporaria, de sujetos relacionados solo por el afecto o el mutuo beneficio.

LA “MULTIVERSIDAD” LIBERAL CONTEMPORÁNEA

Sandel me proporcionó el “puntapié inicial” para reconocer tres formas de comunidad, aunque solo la posición comunitarista expresa una mirada de los otros y de las instituciones que no es meramente accidental a los seres humanos. En este punto, me serviré de A. MacIntyre con el propósito de comprender cuál de estos tipos de comunidad (*instrumental, sentimental o comunitarista*) “refleja”, en mayor medida, a la Universidad contemporánea. En este caso, tomaré algunas ideas que se proponen en *Dios, filosofía, universidades. Historia selectiva de la tradición filosófica católica*².

Se da entonces un contrato implícito a partir del cual cada facultad —sin “molestar ni ser molestada” por las otras— persigue su propio bien individual.

La Universidad americana actual encarna, según MacIntyre, el paradigma de una institución liberal. En ella, cada disciplina se enseña de forma *autónoma* (para destacar en una rama del saber se hace prácticamente necesario “no perder el tiempo” en el estudio de las otras). Esta especialización y “profesionalización” se da también en asignaturas tales como la filosofía y la teología que tradicionalmente se ocuparon “de la totalidad”, es decir, de brindar una visión de conjunto de carácter sapiencial. La necesidad de lograr una integración entre las diversas disciplinas, de entender cómo cada una de ellas contribuye a una comprensión global del orden de las cosas, se ha convertido en una aspiración irrelevante: «no hay sensación alguna de que haya que desarrollar una tarea como esa, de que se esté dejando de hacer algo fundamental»³.

Para la Universidad liberal contemporánea, cada asignatura es, meramente, un individuo; cada disciplina está allí para buscar su propio provecho, “mirando de reajo” —y con suspicacia— a las demás ciencias, en el concierto de una institución que simplemente les brinda espacio y las contiene. No se piensa aquí en términos de una empresa común en la que cada una necesita de las otras para “sacar

² Alasdair MacIntyre, *Dios, filosofía, universidades. Historia selectiva de la tradición filosófica católica*, Nuevo Inicio, Granada 2012.

³ Allí mismo, p. 35.

lo mejor de sí misma”; la idea de que todas las ciencias contribuyen a la unidad e integridad del saber es totalmente ajena a su “espíritu”. La Universidad como comunidad *instrumental* se pone de manifiesto con solo echar un vistazo a la anárquica epistemología reinante. Se da entonces un contrato implícito a partir del cual cada facultad —sin “molestar ni ser molestada” por las otras— persigue su propio bien individual. Mucho menos se cree en la posibilidad de una ciencia capaz de unificar, y de conducir a su horizonte último, las distintas visiones parciales (sesgadas) de lo real.

De hecho, la atomización presente ha alcanzado también a la filosofía. Ella se ha convertido en una disciplina que renunció a su vocación sapiencial y, “dando manotazos de ahogado”, procura sobrevivir a la feroz competencia dominante. La filosofía se ha convertido, al igual que las demás disciplinas académicas, en un cúmulo de investigaciones independientes; se ha tornado una materia muy bien organizada hecha por especialistas y para especialistas, en entera sintonía con el currículo y con el tipo de investigación propio de la Universidad contemporánea⁴. La moderna Universidad investigadora, señala MacIntyre, ha tenido un notable éxito en tres aspectos que, sin embargo, refuerzan su “vocación” a constituirse en una comunidad *instrumental*.

El primero de estos aspectos es la investigación; el listado de avances y descubrimientos en las diferentes áreas es asombroso y se incrementa exponencialmente año a año. Estos logros son consecuencia de la capacidad que ha mostrado la actual Universidad liberal en la “producción” de investigadores centrados en la resolución de problemas concretos bien definidos, de especialistas fundados en el conocimiento profundo de un área estrictamente limitada de la ciencia. Sin embargo, «las direcciones que toma la investigación no son dictadas en general por los investigadores, sino por los que aportan su financiación y lo que se financia depende de una diversidad de intereses intelectuales, económicos y políticos»⁵.

La primera nota de su éxito da cuentas ya de su instrumentalización. La Universidad liberal se pone al servicio de intereses estatales y privados que marcan el rumbo de sus investigaciones. Y, al menos generalmente, solo se financian aquellos proyectos que prometen ser eficaces en la obtención de ulteriores recursos económicos o de ventajas políticas para los gobernantes de turno. Universidad, empresas y gobiernos, cada uno se sirve de los otros para sobrevivir y acrecentar su patrimonio.

⁴ Véase allí mismo, p. 38.

⁵ Allí mismo, p. 271.

No pretendo sostener con esto que ponerse al servicio de los intereses de otros sea algo intrínsecamente malo. Kant nos enseñó que podemos embarcarnos en una relación de mutuo beneficio siempre y cuando no utilicemos a los otros *solo* como un medio, sino siempre y al mismo tiempo como un fin⁶. Con todo, parece al menos dudoso que este tipo de respeto se garantice en los diferentes nexos que la Universidad liberal contemporánea establece con quienes la contratan. La determinación de lo que se investiga y los plazos para la obtención de resultados, cuando no los resultados mismos a ser obtenidos (en ocasiones, al margen de toda ética, solo se pide a la Universidad que legitime una política o una intervención social que ya está decidida de antemano), están determinados casi unilateralmente por quienes aportan los fondos.

La Universidad liberal se pone al servicio de intereses estatales y privados que marcan el rumbo de sus investigaciones.

El segundo aspecto destacado por MacIntyre subraya el hecho de que las universidades liberales contemporáneas, a través de sus múltiples ofertas de pregrado y posgrado, se han convertido en proveedoras de los recursos humanos que hacen falta en una sociedad capitalista avanzada: médicos, economistas, abogados, administradores de empresas, ingenieros, expertos en relaciones públicas y publicidad, etc. Además, la educación ofrecida en el pregrado se ha convertido cada vez más en un preludeo para la especialización y profesionalización ofrecida por las maestrías y doctorados. El máximo logro de estas universidades es la formación de la mente del especialista⁷.

Desde esta perspectiva, la Universidad contemporánea es considerada por muchos estudiantes solamente como aquella institución que proporciona títulos habilitantes para el ejercicio profesional; como el “medio privilegiado” para obtener una capacitación sumamente específica que permite a los jóvenes “consumidores” de créditos académicos abrirse paso en la voraz competencia de la vida.

⁶ Immanuel Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Ariel, Barcelona 2015, pp. 428, 5-15.

⁷ Véase Alasdair MacIntyre, *Dios, filosofía, universidades...*, ob. cit., pp. 271-272.

La razón instrumental y la lógica de costes y beneficios se hace presente en estas transacciones: ¿qué carreras prometen ser mejor remuneradas en el futuro?, ¿qué universidad ofrece el posgrado más calificado en tal o cual disciplina?, ¿cómo orientarse frente al cúmulo de ofertas programáticas? En gran medida, todo depende también de lo que uno pueda o esté dispuesto a pagar, pues el “servicio” prestado, será proporcional a lo que se aporte.

Íntimamente relacionada con esta segunda característica, se encuentra la tercera nota destacada por MacIntyre. Las universidades liberales contemporáneas han ido haciéndose cada vez más ricas a causa de su capacidad de atraer masivas financiaciones de gobiernos y empresas debido al lugar que ocupan, tanto en el orden económico global como en las vidas de los estudiantes empeñados en adquirir las necesarias cualificaciones que les permitan alcanzar el éxito profesional. Las actuales universidades investigadoras «son negocios maravillosamente florecientes, que además están subvencionados con exenciones fiscales y que hacen gala de todas las ambiciones y codicia de las grandes empresas»⁸.

A diferencia de sus predecesoras medievales, estas universidades han perdido el enfoque global y el interés por comprender las relaciones entre las distintas disciplinas, así como también la percepción de dichas ciencias como contribuyentes a una empresa común «cuyo principal objetivo no es el crecimiento de la economía ni el progreso profesional de los estudiantes [...]. Las universidades se han convertido, tal vez irremediablemente, en instituciones fragmentadas y divididas, a las que cuadra mejor el nombre de “multiversidades”»⁹.

La institución que, por excelencia, debía conducirnos al *ocio*, se ha ido progresivamente tornando un *negocio* escasamente relacionado con el florecimiento de la vida común, de la amistad y mutua colaboración entre profesores y de servicio a los estudiantes en orden a la conquista de las virtudes del espíritu. Sin duda, MacIntyre vería en las “multiversidades” contemporáneas, una encarnación concreta de las “comunidades” *instrumentales* señaladas por Sandel.

⁸ Allí mismo, p. 272.

⁹ Véase Alasdair MacIntyre, A., *Dios, filosofía, universidades...*, ob. cit., p. 273.

LA COMUNIDAD UNIVERSITARIA: UNIÓN DE MAESTROS Y DISCÍPULOS

La “multiversidad” liberal contemporánea difícilmente armoniza con la concepción de Universidad arraigada en la tradición cristiana. Dos preguntas me acompañan en este apartado: ¿cuáles son los fines propios de una universidad católica?, ¿qué tipo de comunidad se requiere para la consecución de estos objetivos?

Para responder a estos cuestionamientos me serviré de lo afirmado por el filósofo y teólogo argentino Octavio N. Derisi¹⁰ en su libro *Naturaleza y vida de la Universidad*¹¹. La descripción que propongo a continuación en absoluto pretende ser exhaustiva. Sandel, MacIntyre, y ahora Derisi, me brindan los necesarios soportes conceptuales para una posterior reflexión final “anclada” en mi experiencia de docencia universitaria.

Se trata entonces de abocarse al conocimiento
y contemplación de la verdad junto con el desafío
de comunicarla a quienes se inician en el camino
del aprendizaje científico.

Al comienzo del mencionado libro sobre la Universidad, Derisi recuerda el siguiente principio: para saber *qué es* (o debería ser) una cosa conviene preguntarnos *para qué es*, puesto que hay una relación esencial entre el fin y lo constitutivo de un ser. Una cosa está bien constituida y “funciona bien” cuando responde al fin para el que ha sido hecha. Este principio es válido tanto para los seres naturales como para las realidades culturales creadas por el hombre.

Por consiguiente, para saber qué es (o debería ser) una universidad católica, preciso es preguntarse por los fines que está llamada a perseguir. Al respecto, Derisi recuerda que «el fin especificante de la universidad es la investigación y transmisión o docencia de la verdad [...] en todas sus manifestaciones particulares —ciencias estrictamente tales, en el sentido contemporáneo del término— y en su visión sa-

¹⁰ Octavio N. Derisi (1907-2002) fue un destacado filósofo y eclesiástico argentino; se lo considera como uno de los principales reactivadores del tomismo en Argentina y América Latina.

¹¹ Octavio Derisi, *Naturaleza y vida de la Universidad*, Educa, Buenos Aires 1980.

piencial de la Filosofía, y de la Teología cristianas»¹². Se trata entonces de abocarse al conocimiento y contemplación de la verdad junto con el desafío de comunicarla a quienes se inician en el camino del aprendizaje científico. Aun cuando se ocupe de la actividad práctica y técnica, el fin de la Universidad es eminentemente teórico. A la Universidad le interesa la comprensión de lo que las cosas son, la des-velación de las causas del ser en todas sus manifestaciones y unidad jerárquica que culmina en el conocimiento de Dios como causa absolutamente primera de todo lo que existe¹³.

No hay sector alguno del ser ajeno a la investigación universitaria. Por eso, la necesidad creciente de nuevas facultades, departamentos e institutos, de acuerdo al desarrollo y diversificación progresiva de las distintas ciencias. Complementariamente, surge la necesidad cada vez más apremiante de integración de los múltiples y dispares sectores de la verdad a partir de la luz que sobre ellos proyectan la filosofía y la teología. En el interior de la vida universitaria se conciben y despliegan las múltiples teorías científicas que, de modo directo o indirecto, influirán luego sobre el conjunto de la comunidad: «Es en la universidad, en el silencio de su tarea investigadora y en la tranquila labor docente, donde se elaboran las grandes y fecundas ideas y concepciones que rigen el mundo, para bien o para mal según se ajusten o no a la verdad»¹⁴.

No hay sector alguno del ser ajeno a la investigación universitaria.

Seguidamente, Derisi propone una distinción de suma importancia. El fin propio de la Universidad *como tal* es brindar a las personas una formación humanista y cristiana integral. Para este objetivo resulta esencial el estudio de la filosofía y de la teología: «la investigación y docencia de la verdad filosófica y teológica forman al hombre como hombre y cristiano»¹⁵. Paralelamente, las distintas facultades, departamentos e institutos se abocan a formar la mente del especialista. Pero, es indispensable que la formación humanista y cristiana

¹² Allí mismo, p. 20.

¹³ Lug. cit.

¹⁴ Octavio Derisi, *Naturaleza y vida de la Universidad*, ob. cit., p. 21.

¹⁵ Lug. cit.

constituya el fundamento de la información proporcionada por las distintas escuelas. La Universidad confiere al hombre la “ubicación” y “alcance” de su ciencia especializada dentro del saber total; ella le brinda una visión cabal de su ser, de su vida y de su destino eterno¹⁶. La formación humanista y cristiana debe penetrar íntimamente todas las facultades y órganos de la Universidad.

Junto a la labor formativa (humano-cristiana) y a la tarea de preparar al especialista en las distintas ramas del saber, corresponde a la Universidad una tarea propiamente epistemológica: «la determinación de la constitución de los distintos sectores de la cultura en su preciso alcance y la organización de los mismos en su unidad jerárquica»¹⁷. La Universidad debe investigar y enseñar a todos sus estudiantes cuáles son los diferentes tipos de ciencias y cómo se relacionan estos saberes entre sí; a cuáles corresponde una función de carácter sapiencial; qué disciplinas se fundamentan en la experimentación; en qué medida es posible aplicar los métodos experimentales al estudio del hombre; cómo se vinculan la ciencia y la técnica; cómo debe “guardarse” la dimensión ética involucrada en toda práctica científica, etc.

El fin propio de la Universidad como tal es brindar a las personas una formación humanista y cristiana integral.

En tanto se funda en la investigación, la enseñanza universitaria tiene la misión de forjar en los alumnos el *hábito científico*, la disciplina y el amor por el estudio. Los profesores no deben simplemente limitarse a transmitir verdades conocidas, tienen asimismo que ayudar a los estudiantes a poder asumir un rol proactivo en el aprendizaje, de modo que puedan ser capaces de redescubrir estas mismas verdades con su propio esfuerzo. La adquisición de virtudes tales como la *estudiosidad* y los hábitos intelectuales que Aristóteles denominó *ciencia* y *sabiduría* son indispensables para este logro. Más que el mero transferir conocimientos, incumbe a la Universidad enseñar los métodos y crear los hábitos para encontrarlos.

¹⁶ Véase allí mismo, p. 22.

¹⁷ Allí mismo, p. 23.

Lo esencial de este desafío se pondrá de manifiesto con solo reparar en el hecho de que los años que se necesitan para la obtención de un grado académico son relativamente pocos y el acelerado progreso de la ciencia y de la técnica muchas veces produce que los conocimientos adquiridos en los cursos de grado necesiten ser permanentemente profundizados y renovados. Y esto será imposible para el joven profesional si no fue capaz de adquirir la inquietud por el saber y el hábito científico durante sus años de formación. En efecto, «para poder acrecentar y actualizar los conocimientos, preciso es poseer los métodos de la investigación en un determinado sector del saber, y poseer, además, un arraigado hábito de estudio, animados ambos con un profundo amor a la verdad»¹⁸. Este objetivo se habrá cumplido si el joven universitario logra comprender que «debe ser estudiante hasta el día de su muerte».

La formación humanista y cristiana debe penetrar íntimamente todas las facultades y órganos de la Universidad.

A los fines específicos señalados (investigación y docencia) debe sumársele el propósito no menos importante de brindar un servicio a la sociedad concreta en la que la Universidad se encuentra inserta. Por este motivo, junto a las facultades humanísticas, «Filosofía y Teología, sobre todo, y también Letras e Historia de las cuales la Universidad no puede prescindir so pena de dejar de ser realmente Universidad»¹⁹, la institución tiene que aplicarse al estudio de los recursos materiales propios de la región en que se encuentra, junto con la idiosincrasia y tradiciones de la sociedad a la que sirve. El fruto de este servicio se plasmará en la fundación de las facultades e institutos adecuados para el pleno desarrollo de los recursos naturales que se encuentran a su alrededor. Con todo, la Universidad católica procurará siempre que el despliegue de los diferentes aspectos materiales «quede subordinado e integrado al cultivo de los valores supremos del espíritu [...] a fin de que el desarrollo material no solo no impida, sino que esté al servicio y contribuya a un desenvolvimiento de los recursos humanos y cristianos de la Nación»²⁰.

¹⁸ Allí mismo, p. 24.

¹⁹ Allí mismo, p. 26.

²⁰ Allí mismo, p. 27.

Luego de mencionar los fines propios de una universidad católica, Derisi nos ayuda también a discernir qué tipo de comunidad se necesita para llevar adelante estos propósitos. En efecto, «la consecución de estos fines esenciales y constitutivos de la Universidad se logra connaturalmente mediante la *universitas* o *comunidad universitaria*; la unión de maestros y discípulos en el esfuerzo común por descubrir y formular la verdad»²¹. Una formación eficaz y profunda solo puede darse a partir de una constante familiaridad del alumno con el maestro. Este último brinda herramientas al joven para que aprenda a estudiar, a leer críticamente, a buscar la bibliografía pertinente para abordar un tema; le ayuda a tomar conciencia de sus errores y de los aspectos académicos en los que debe mejorar. De este amor compartido a la verdad y del trato permanente surge una forma de amistad que es el “terreno propicio” para que se desplieguen adecuadamente todas las actividades de la vida universitaria. Así, «cuando se logra constituir esta comunidad de amistad fundada en el amor a la verdad, cuando se vive con alegría y amor la tarea del estudio propio, la universidad vive y realiza plenamente sus fines»²².

**Más que el mero transferir conocimientos,
incumbe a la Universidad enseñar los métodos
y crear los hábitos para encontrarlos.**

A diferencia de la Universidad liberal contemporánea descrita por MacIntyre, la Universidad católica aspira a ser una comunidad en el sentido *constitutivo* del término; una comunidad fundada en la amistad, donde los estudiantes no simplemente “deambulen” por sus aulas procurando adquirir la información y las destrezas necesarias que les permitan hacerse con un lugar de privilegio en el ámbito social. Desde esta perspectiva, la propia institución universitaria y el trato frecuente de maestros y discípulos en el horizonte compartido de la búsqueda de la verdad, constituye una parte esencial de la vida y de la identidad de quienes forman parte de los distintos claustros.

Volviendo a Sandel, la Universidad católica está llamada a ser una comunidad en sentido fuerte. Esto acontece, precisamente, cuando el

²¹ Allí mismo, pp. 27-28

²² Allí mismo, pp. 28.

ser mismo de la comunidad brinda un cierto marco de autocomprensión a las personas que participan en ella; me refiero a un “marco” que es anterior e independiente de los deseos e intereses particulares. Para que un grupo humano, en este caso los miembros de la Universidad católica, se constituya en una verdadera comunidad, “lo comunitario” (la amistad que surge a partir de la investigación y docencia compartida), además de ser algo que se encuentra formalmente incorporado en acuerdos institucionales, tiene que ser una parte constitutiva de la autocomprensión de los docentes, estudiantes y administrativos que participan en ella. Es decir, esta autocomprensión y estos acuerdos no pueden ser algo que accidentalmente forma parte del proyecto de vida de los miembros del grupo²³. Pero, ¿en qué medida puede esto llevarse verdaderamente adelante en el contexto de una sociedad marcada por aquello que Taylor denomina la *cultura del narcisismo*?

Una formación eficaz y profunda solo puede darse a partir de una constante familiaridad del alumno con el maestro.

LA CULTURA DEL NARCISISMO COMO “MATERIA” DEL PROYECTO CATÓLICO UNIVERSITARIO

En su conocido libro *Ética de la autenticidad*²⁴, el filósofo católico canadiense Charles Taylor describe las características de lo que él denomina *cultura del narcisismo* actualmente predominante. Su convicción es que esta “cultura” constituye una deformación del *ideal ético de la autenticidad* surgido en la modernidad y cuyas bases se encuentran en el período romántico. La *cultura del narcisismo* convierte a la autorrealización en el valor principal de la vida. Es una “cultura” que no reconoce exigencias morales externas frente al despliegue de la propia autenticidad. Es necesario explicar, afirma Taylor, la facilidad con que actualmente las personas se “deshacen” de las obligaciones para con los demás. Pues «[a]llí donde nuestros antepasados, de haber seguido un camino similar de autoafirmación, se habrían visto claramente atormentados ante sí mismos por una irreprimible sensación de hacer

²³ Michael Sandel, *El liberalismo y los límites de la justicia*, ob. cit., pp. 215-216.

²⁴ Charles Taylor, *Ética de la autenticidad*, Paidós, Barcelona 1994.

mal, o al menos de desafío a un orden legítimo, muchos de nuestros contemporáneos lo recorren igual de despreocupados en su monotemática búsqueda de su propio desarrollo»²⁵.

Es notorio que las exigencias morales de nuestros lazos con los demás pueden, en ocasiones, entrar en conflicto con el propio desarrollo personal; por ejemplo, los requerimientos de una carrera profesional quizá se tornen incompatibles con las obligaciones hacia la familia o con la lealtad a una causa más amplia. Frente a ello, la *cultura del narcisismo* considera los vínculos como algo puramente instrumental al tiempo que piensa la realización humana como una cuestión que incumbe solamente al yo, descuidando las exigencias que puedan provenir de más allá de nuestros deseos, ya sea que surjan de la sociedad, de la naturaleza, de la tradición o de Dios. La cultura del narcisismo engendra un antropocentrismo radical que se expresa en el reinante atomismo social²⁶.

La cultura del narcisismo convierte a la autorrealización en el valor principal de la vida.

Seguidamente, Taylor establece una distinción entre la cultura popular, “deslizada” hacia estas formas egocéntricas de autorrealización y las élites culturales orientadas hacia un nihilismo que supone la negación de todos los horizontes de significación que provengan de más allá del yo. Subyace aquí la crítica nietzscheana a todos los valores como algo creado por la voluntad de poder, lo cual deja al “yo” con una sensación de libertad sin límites. Me interesa destacar aquí que estas tesis filosóficas (esta “teoría superior”) se fueron volcando en la cultura popular —afirma Taylor— especialmente a través de los medios universitarios. Se otorgó así a las formas egocéntricas actualmente predominantes una “pátina” de justificación filosófica profunda. En síntesis, el individualismo de la autenticidad se afina en la idea de que cada persona tiene una forma original de ser humano que está llamado a descubrir, pero, por hipótesis, este descubrimiento solo puede llevarse a cabo “minando” los modelos morales preexistentes²⁷.

²⁵ Allí mismo, p. 91.

²⁶ Véase allí mismo, pp. 89-91.

²⁷ Véase allí mismo, pp. 93-94.

A MODO DE CONCLUSIÓN: NAVEGAR CONTRA CORRIENTE: DE LA UNIVERSIDAD “TAL CUAL ES” A LA UNIVERSIDAD “TAL COMO DEBERÍA SER”

En su libro *Tras la virtud* (1981)²⁸ MacIntyre sostiene que la ética, al menos como se la entendió en la tradición clásica, es la disciplina que brinda al hombre las herramientas conceptuales necesarias para que pueda realizar el tránsito “de lo que es” (su estado presente es discordante respecto a los preceptos y las virtudes morales) a “lo que podría ser” si desplegara armónicamente las facultades más propias de su naturaleza y se encaminara hacia el verdadero *telos* humano.

Esta idea macintyreana me sirve para establecer una analogía entre la Universidad “tal cual es”, o sea la “multiversidad” liberal contemporánea (una comunidad enteramente *instrumental* en términos de Sandel), y la Universidad “tal como podría ser” si desplegara lo mejor de su naturaleza; me refiero aquí a la Universidad tal y como fue pensada por la tradición católica, es decir, entendida como una comunidad en sentido fuerte, constitutiva de la identidad de quienes participan en ella, particularmente docentes y estudiantes.

En este punto se presentan al menos dos problemas. En primer lugar, a la actual “multiversidad” liberal económicamente exitosa en absoluto le interesa conformarse a cualquier otro modelo que no sea el que ella misma propone. No hay aquí conciencia de que deba realizarse tránsito alguno, con lo cual, difícilmente pueda sugerirse un “remedio” para promover su *metanoia*. El segundo problema es el que en realidad me ocupa. El ideal de Universidad católica que describí siguiendo a Derisi expresa una determinada forma que debe encarnarse sobre la materia prima de lo que, a partir de Taylor, llamé *cultura del narcisismo*. En otros términos, podemos tener muy en claro aquello que “tendríamos que llegar a ser”, pero es muy posible que no dispongamos de los materiales pertinentes para construirlo.

En otros términos, podemos tener muy en claro
aquello que “tendríamos que llegar a ser”, pero es
muy posible que no dispongamos de los materiales
pertinentes para construirlo.

²⁸ Alasdair MacIntyre, *Tras la virtud*, Crítica, Barcelona 1987.

Quienes se acercan a una universidad que procura ser católica, tal y como ocurre en la Universidad Católica San Pablo en la cual me desempeño como docente de Filosofía Moral, tienen en gran medida la impronta característica de la presente cultura. Llegan a nuestra institución con el propósito de obtener las credenciales necesarias que les permitan perseguir más eficazmente su autorrealización. Y aunque todas las generalizaciones son, “por lo general”, intrínsecamente injustas, no me refiero aquí a la totalidad de los estudiantes, sino a un cierto tipo predominante característico de la sociedad posmoderna. Los actuales jóvenes, “instintivamente” narcisistas, suelen ver a sus compañeros como futuros competidores en la carrera que han elegido, mientras que los docentes somos muchas veces percibidos como meros funcionarios destinados a “prestar un servicio” que los provee de los recursos teóricos y prácticos necesarios para el ulterior desempeño de su profesión.

No es mi intención establecer un juicio moral sobre los estudiantes que representan a este tipo predominante, ya que en verdad considero que los jóvenes apenas son conscientes, y mucho menos responsables, de proceder de este modo. Ellos han sido “educados” en una sociedad cuyo *a priori* fundamental afirma que “las cosas no alcanzan para todos” y que es necesario competir ferozmente, con cualesquiera herramientas que se tengan a la mano (sean estas morales o inmorales), para no “quedar afuera”. Esto último implica verse privados de las recompensas materiales que la actual sociedad de consumo brinda a todos aquellos que tienen éxito en obtener títulos, prestigio y poder. Muchos de nuestros estudiantes vienen a la universidad simplemente a “competir por un lugar en la sociedad”. Bajo esta perspectiva, inculcar el esfuerzo por la teoría y la amistad comunitaria fundada en el amor compartido a la verdad, se asemeja a una utopía. Pero, como me enseñó el propio MacIntyre, si las cosas son en verdad tan difíciles como parecen, el pesimismo resulta un “lujo cultural” que no podemos darnos²⁹.

Todo esto se ha agudizado con la pandemia (o “plandemia” como dicen algunos). Administrativos, estudiantes y profesores hemos cuanto menos “disminuido” nuestro sentido de pertenencia a la institución, e incluso juzgamos que la virtualidad favorece enormemente la transmisión de la información que se propone en nuestros cursos. Nos hemos acostumbrado a “enseñar” a jóvenes a los que no conocemos (no vemos sus rostros y apenas si escuchamos sus voces “de cuan-

29 Véase Alasdair MacIntyre, A., *Tras la virtud*, p. 18.

do en cuando”) y ellos han llegado a pensar que estudiar significa ver pasivamente el video de una clase que el profesor tiene la obligación de llenar de “recursos didácticos” para que no resulte aburrido.

Me preocupa sobremanera escuchar a colegas expresar que la enseñanza virtual “funciona bien”, sobre todo cuando se trata de docentes abocados, como yo mismo, a la enseñanza de las Humanidades. Conviene recordar aquí la distinción propuesta por Derisi entre el fin de la Universidad católica como tal y el propósito específico de las distintas facultades y centros. Estos últimos tienen el cometido de informar la mente del especialista, mientras que la Universidad católica debe formar al humanista-cristiano. La Universidad católica está llamada a ser esa comunidad de amigos, docentes y discípulos, unidos en torno a la búsqueda compartida de la sabiduría, lo cual no implica rechazar el compromiso con lo público, ni dejar de asumir la responsabilidad del ejercicio excelente de la propia profesión en orden al bien común de la sociedad.

La Universidad católica está llamada a ser esa comunidad de amigos, docentes y discípulos, unidos en torno a la búsqueda compartida de la sabiduría, lo cual no implica rechazar el compromiso con lo público, ni dejar de asumir la responsabilidad del ejercicio excelente de la propia profesión en orden al bien común de la sociedad.

Con todo, a pesar de lo difícil y desafiante de la situación, somos muchos los que continuamos comprometidos con un proyecto semejante. El Departamento de Humanidades de mi universidad trabaja duramente por enriquecer cada día su propuesta formativa, especialmente en las líneas de Filosofía y Teología. Mi propia vida se fundamenta en el estudio de la verdad y en el propósito de compartir lo contemplado con todos aquellos que ansían comprender el sentido último de las cosas, pues no se trata solo de sobrevivir y de “pasar lo mejor posible”, sino más bien de adquirir las excelencias de carácter y de entendimiento imprescindibles para orientarnos en la senda de una vida humana floreciente.

Como señalé en uno de los párrafos precedentes, quizá este desafío “suene”, dados los tiempos que corren, demasiado utópico. Me apoyo, una vez más, en MacIntyre para responder a este último interrogante:

Los más propensos a acusar a otros de utopismo son, por lo general, aquellos hombres y mujeres de negocios que se enorgullecen de su realismo pragmático, que buscan los resultados inmediatos, que quieren que la relación entre la inversión presente y el rendimiento futuro sea predecible y mensurable [...]. Son los enemigos de lo incalculable, los escépticos sobre todas las expectativas que exceden lo que ellos consideran que es la firme evidencia, los deliberadores miopes que se felicitan por las limitaciones de su visión [...] el abismo entre la Utopía y la realidad social corriente puede proporcionar a veces una medida, no de la falta de justificación de la Utopía, sino, más bien, del grado en que aquellos que no sólo viven en la realidad social contemporánea, sino que insisten en ver tan sólo lo que ella les permite ver, y en aprender lo que ella les permite aprender [...]. Puede ser, por ello, que el cargo de utopismo se entienda mejor como un síntoma del estado de quienes lo hacen, que como una crítica de los proyectos contra los que se dirige³⁰.

³⁰ Alasdair MacIntyre, *Animales racionales y dependientes. Por qué los seres humanos necesitamos virtudes*, Paidós, Barcelona 2001, pp. 288-289.